

ANTESALA DE LA EUFORIA

AQUEL DOMINGO, la tarde declinaba hacia el ocaso. Esa mañana mis pasos apresurados me llevaron a trashumar desde muy temprano. Una desaprensible nostalgia a la que se le sumaban una ansiedad renovada y un íntimo jolgorio, me habían inquietado durante estos últimos días. Mi mente había logrado caminar más aprisa que mis pasos, y yo, ya formaba parte de los racimos humanos que caminaban por entre vendedores ambulantes y los pequeños puestos de venta. Había subido parte de la calle Santa Cruz, ese sábado especial cuyas aceras estaban teñidas de vivos colores. Las puertas de los tambos –como en raras ocasiones–, mostraban muchos afanes y pocos comerciantes. Los tradicionales lazos de serpentinas multicolores decoraban muchas portadas, cruzaban los cables de energía eléctrica y se encontraban por todas partes.

Al frente, quedaban algunas vendedoras de anilinas y botellones de cristal, en medio de la invasión de vivanderas y ambulantes de novedades que llegaban de su peregrinar por otros mercados vecinos. Una barahúnda de voces, gritos y murmullos, despertaba todas las partículas del aire, brindando al ambiente una atmósfera de fiesta. Los quioscos de madera de los tocuyeros estaban completamente cerrados. Al frente, sólo unos cuantos cerrajeros, ubicados más allá de la rotonda, devanaban todavía sus manojos de llaves, cerca a los comercios de algunos tenderos coreanos, ubicados un poco más arriba. Ellos no cierran sus tiendas ni en el aniversario de la creación del mundo, eran los únicos atisbos persistentes de actividad financiera.

En el centro de la plaza, tentado por el punzante color rosadino de unos algodones de dulce, aderezados en un extraño árbol de golosinas, cargado por un hombre moreno, vestido con un gastado saco blanco y un calatraba azul. Llevaba su comercio a cuestas como si éste fuera un estandarte glorioso. Compré uno de esos intangibles dulces, sin saber que hacer con él (un niño atento a mi indecisión me salvó del confuso placer, comiéndoselo en mi lugar). Mientras miraba distraído un edificio recién acabado, pintado de un eléctrico celeste y salientes rojos; una especie de frontispicio en el que acababan en unas

columnas verdosas de mármol gris daban al edificio comercial un aire de fresca hibridez. Intentando descifrar el mensaje de esta nueva moda arquitectónica, bajé la mirada hasta la acera. En el centro de la plazuela, un poco más allá de las gradas, al lado de un charco, se encontraba un caballete de madera en cuya cima, se hallaba una jaula de canarios, cuyos musicales sonidos atraieron mi atención. Su dueño, al notar mi interés, se apresuró a ofrecerme los vaticinios y cábalas que estaban impresos en el cajoncito de la jaula; atrajo al pajarillo de pico dorado con un poco de maíz en su boca, para que éste se acercara a escoger con su pico, uno de los impresos que el azar me deparaba. “*para un joven soltero*” decía el encabezado, y mientras me alejaba del lugar, intentando leer aquella letra menuda, tropecé con una expendio de lazos y fajas tejidas a mano.

Confuso, empezaba a vagar por la calle Max Paredes llegando a la esquina de la calle León de la Barra. Aquella esquina era muy conocida por sus tambos yungueños y los depósitos de coca. Hoy estaban colmados por banderitas de seda y fruta, el empedrado estaba húmedo y el entusiasmo de los grupos de amigos y parroquianos dejaba un innegable fulgor de alegría.

Acercándome a la Vicente Ochoa, vi que las aceras estaban inundadas con trozos de plásticos, maderas y otros objetos que instituían la posesión y la reserva de puestos preferenciales en los bordes por donde habría de pasar el esperado espectáculo. Cerca a mediodía, varios camiones cerraron las encrucijadas de las calles, llenándose de racimos de gente.

Los circunloquios de vecinos, conocidos y visitantes crecían, formando una compacta avenida de miradores, muchos de ellos habían aderezado sillas, banquillos y hasta sofás a lo largo de la ruta establecida. La espera era amenizada por cerveza y cocteles entre los grupos de gente que conversaban animosos.

No eran raros los espontáneos que mostraban sus dotes o su experiencia coreográfica. Bajando por la calle Eloy Salmón, podían notarse algunos vendedores de electrodomésticos, pilas y cassettes. Un poco embriagado por el ambiente y los cocteles ingeridos, a empujones y disculpas, logré llegar hasta la

portada del Templo del Gran Poder, ubicado al doblar la calle Gallardo. Al ingresar allí un brusco silencio establecía una frontera latente entre lo bullanguero de afuera y el ronroneo de la quietud interior. Numerosos devotos y curiosos paseaban sus fervores al pie de las imágenes en relieve que representaban un antiguo vía crucis.

Al fondo, era imposible no fijarse en el mural pintado en la cúpula: un padre anciano emerge con los brazos abiertos entre dos ángeles desmenuzados, todos ellos irrumpiendo en un cielo celeste y estrellado, fragmentando la noche y el día con un arcoiris. Más abajo, en el altar mayor, apenumbada detrás de grandes cirios, la legendaria imagen de tres rostros, vestida con una túnica verde y un manto gris; sus ojos bondadosos y ausentes, bordeados de un aura ondulada vibrátil. Allí confluían múltiples ansiedades. El atillo reservado al coro, en la parte de atrás, estaba desierto. Ya no había órgano hace tiempo, tampoco se oían las sirenas de las fábricas cercanas que con el entusiasmo de dueños daban otros cauces al silencio en días como éste, en tiempos ya pasados.

Por las vías adyacentes podían verse cerca al mercado, los pequeños troncos armados por los vendedores de abarrotes cuyos monarcas pequeños habían instalado sucursales de expendio de cerveza para alimentar a los sedientos. El sol del reciente invierno era espeso y asediante, a la sombra se notaba un melancólico frío; el viento pasaba con distinto ritmo, moviendo los cargamentos y arcos aderezados con aguayos, manteles, platerías falsas y muñecas rubias.

Un poco subiendo por la Bustamante un grupo humano, llamó mi atención. Se habían reunido los hermanos sastres, apellidados Condori, dos peluqueros (uno era don Rafo) y un sombrerero de Jesús de Machaca, conocidos vecinos. Todos ellos formaron un corrillo; tocaban con sus instrumentos musicales una hermosa tarqueada. Sus sombreros echados hacia atrás, sus cuellos plenos de serpentina y mixtura, bailando al mismo tiempo sus tonadas en círculo.

Cerca, varios niños amontonaban mixtura en el borde de la acera y jugaban con las tapacoronas de las cervezas. Muchos balcones estaban particularmente abiertos, dejando oír algunos discos de moda. Varias parejas se movían dentro.

Decidí sentarme por unos momentos en la gradas de una tienda cerrada. A pocos metros, celebrando un jolgorio aparte, estaban cuatro artilleros, alcohólicos consuetudinarios que tenían su refugio permanente en un callejón a la vuelta: semejaban seres de otro mundo, y en realidad lo eran, sin otra prisa que no fuera el depositar- se en una muerte amable y sin tumba, departían su elixir de fuego. Uno de ellos tenía calzada una bota derecha de diablo, abierta como una flor antigua, y el anciano cojo, ejercitaba unos pasos de danza, todo esto certificaba la adhesión de estos ángeles caídos a la atmósfera de fiesta grande,

Se ignoraba si este año los prestes de la fiesta darían un convite estilo orureño, o una preentrada. Por encima de suposiciones, de lo que todos estaban seguros era que había que disfrutarla y vivir con ella, con lo que fuere posible, mejor si con música, danza y bendiciones. Sino como sea. El desfile ya había sido charlado y todos quienes llenaban el barrio de Chijini, esperaban el Gran Poder a sus mil maneras.

Como una amplia sala de espera se prolongaba, más allá del surtidor de kerosén, la avenida Abaroa –cuyo punto de nacimiento es un fantasmal basurero que desaparece de día–. Esta avenida contiene en su transcurso, muchos callejones y puestos de sombrereros. A un lado viven los alfareros. Antes de llegar a su fabuloso vientre formado por un monumental puente, bajo el cual se hospedan vendedoras de frutas y vivanderas, trepando el puente por sus gradas, puede verse el atuendo verde de la hierba que lo recubre. Al llegar al nivel de la avenida Buenos Aires, el panorama que se descubre es imponente e invitador. Descansando de sus fatigas, varios cargadores y parejas de cholitas se remecen en su pendiente, acullicando alrededor de los kantutales florecientes. Pocos como ellos disfrutaban de un paisaje tan abundante y hermoso en esta ciudad.

Cruzando al frente, al empezar una callejuela terrosa, un predicador alucinado en medio de glorias y aleluyas escupidos a quemarropa, habla de los peligros del alma, del hirviente calor de los infiernos, del alargamiento elíptico de los cuerpos diabólicos. No le incomodaba que, apenas a pocos metros, y robándole

algunos advenedizos y curiosos, inicie su discurso un charlatán amazónico. Este acaricia la piel de sus serpientes mientras ofrece una crema capaz de curar todos los males del cuerpo. Ambos son hermanos de leche.

No lejos de los herreros, dos heladeros vestidos con overoles blancos y gorras rojas, han estacionado sus carritos de madera, en estos se exhiben fotografías e ilustraciones de luchadores mejicanos, sufrientes actrices americanas, y propagandas de productos comerciales que ya ni existen.

En este inmenso desorden incidente, todo está en orden, en su propio caos ordenado, inexplicable y fabuloso. Ya doblaba el arco del mediodía, y el sopor de la tarde estaba apropiándose de todos los rincones. A cada momento falsas alarmas sobre el inicio de la Entrada.

Era imposible, pese a este ambiente de fiesta, que el Thanta katu, aquel mercado eventual de objetos de improbables orígenes, pare sus actividades. Este *mercado viejo* de las infinitas posibilidades donde las miserias cotidianas y las grandezas de la sobrevivencia tiene su madriguera. Esta maraña de gente se diluye en un ritmo propio, parece un reloj gigante que enloqueció de pronto sin perder el ritmo del tiempo, con miles de manecillas marchando a prisas distintas y encontradas.

Los calores del solsticio resolaban a los más consecuentes parroquianos, que estaban delante de los cordones de sillas, libando a tragos sus bebidas, y charloteando de todo; no faltaban los atolondrados visitantes extranjeros que animados por folletos turísticos prestaban su tibia asistencia al lúdico espectáculo folklórico. Todo parecía salirse del programa; las incontrolables imágenes y los hilos que se tejían entre los seres que la componían. Otros espectadores más ilusionados, a modo de esperar, sin perder la paciencia, recordaban los detalles vibrátiles de las alucinantes vibraciones de los platillos, el vozarrón de los bajos o las travesuras de las trompetas que tocaron en los ensayos las bandas que no tardarían en aparecer, haciéndose remecer en el recuerdo de sus ecos.

Una radio en aymara, anunció que ya empezó la Entrada y que vienen bajando por la avenida Baptista los primeros grupos. Al oír esto, un hombre grueso y

moreno quemado por múltiples inviernos, eleva su vaso espumante mientras ajeno a todos empieza a subir la calle bailando con melodías imaginarias. Su cuello de toro se expande por la camisa y su chaqueta a cuadros, sudando sin parar, levanta los brazos grita alborozado, como si lo poseyera una energía remota: *ahí viene la fiesta a a a !*